

que lleva en la suya el alma misma de aquel hogar de ciencia y de virtud. Al alejaros hoy de nuestra compañía, con la esperanza de volver á recibir un día vuestras sabias y fraternales enseñanzas de doctrina y de ejemplo, podéis ir satisfecho de la misión altísima que habéis desempeñado, de embajador académico y afectivo de la ciencia, de la cultura y del alma de España, la cual ha podido compenetrarse con la argentina y la americana en la más íntima comunión, y descubrir en ella el santuario secreto de un afecto nacional inmarcesible, que sólo la confianza de los grandes espíritus como el vuestro devela y exterioriza, para traducirse en francas expansiones, en armonías políticas efectivas ó en conquistas reales para la causa de la cultura, que es la consagración de toda vida superior.

3

Discurso del señor Vicedecano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Dr. Joaquín Carrillo.

Señoras y señores:

Consta en documentos históricos el siguiente pintoresco episodio.

En sesión del cabildo que regía la ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, se dió cuenta del próximo arribo de tres letrados. El suceso fué motivo de agitación en la ciudad, y por ende objeto de madura deliberación; el Regidor pro-

puso que se les impidiera la entrada, fundándose en que la existencia de tales personas sería perjudicial al bien público. El Alcalde halló justas esas razones, «en vista, dice el texto, de que esta tierra es nueva y no conviene que vengan letrados». Tal fué el común sentir de los otros funcionarios en el gobierno de la nueva ciudad.

Eso hace ya muchos años. La tierra continúa nueva, pero los que la habitan están muy lejos de pensar y deliberar como los cabildantes de la colonia en el siglo xvii.

Las cosas han cambiado de tal modo, que no hay valladar alguno puesto á los hombres de talento para venir á profesar su ciencia y doctrina; no en el solitario desierto colonial, sino en el populoso bullir de abundante elemento intelectual.

Más aún: la presencia de hombres de letras que conmoviera la sociedad primitiva, es ahora solicitada, como lo ha sido la del ilustre maestro á quien honramos hoy.

Y que no es dañoso al bien de esta tierra nueva, lo testifica el ambiente festivo de este acto y la continua complacencia que la presencia de Altamira ha producido, con rara uniformidad, entre los estudiosos é intelectuales del país.

Cábele á la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales la gratísima satisfacción de haber comenzado sus cursos de Historia, en la nueva sección de Filosofía, bajo los auspicios de la ciencia y experiencia del Dr. Altamira.

Pertenéce nos especialmente la delicadeza y tino con que ha intervenido en nuestras enseñanzas. Por su voluntad propia y en delegación del Rector y Claustro de la Universidad de Oviedo, ha prestigiado la moderna labor de las universidades activas: el acercamiento y la unión de unas á otras para intensificar y dilatar los progresos del intelecto humano, y hacer en la colectividad de pueblos la obra rápida y notable que Alemania debió á sus universidades.

Ha venido en hora propicia el sabio profesor. Habrá observado el ansia de cultura y de orientaciones idealistas que contrapesan el enorme empuje de las corrientes económicas materialistas que sorprenden á los que nos observan.

Ha podido verter su prestigioso verbo, no para engendrar, sino para fortalecer el espíritu y el alma de nuestras generaciones que estudian y trabajan.

Esta Universidad tan nueva, pero ya de fama mundial, como lo decía Llanos en estos días desde Roma, no por sus éxitos, sino por sus esfuerzos nobles por obtenerlos, se ha honrado con la participación en sus docencias del profesor veterano y del escritor concienzudo.

Por esto hase propuesto pagar honra con honra; y la defiende en la forma que es más significativa, con el testimonio de que se le incorpora para siempre á su estado mayor.

El otorgamiento del título discernido, es el testimonio del aprecio en que se tiene vuestra

cultura y vuestra obra. En seguida iréis en peregrinación y buscaréis, al final de vuestras jornadas, el reposo en la cátedra de Oviedo; pero aquí quedará una de las notas más simpáticas de vuestra carrera: el sermón, como digisteis. Recoged de sus frases la que preconiza la confianza y amistad entre alumnos y profesores. Recogemos y ponemos delante de nuestro gremio, como un estímulo, el intenso amor á la casa de Oviedo, que habéis mostrado como sugerente, porque resume el valor de muchas vidas de vocación y esfuerzo, variado pero unido.

La Extensión universitaria que se propuso con la venida del nuevo doctor nuestra Facultad, está cumplida; el coronamiento de ella en esta fiesta no es banal cortesía, sino prueba de afectos reales, encarnados, y que perdurarán en esta casa. El título de Doctor que os confiere, no es propiamente sino seguridad de que quedáis vinculado á ella.

Podéis ir, señor, seguro de que esa partícula de vuestro espíritu que queríais dejar en el nuestro, como os expresabais en vuestra última lección, allí queda, para durar, y tal vez para crecer.

Llevad, con nuestro aprecio y compañerismo, un mensaje de afecto para el Rector y profesores de Oviedo.

**Discurso del señor Ministro de Chile,
Dr. D. Miguel Cruchaga Tocornal.**

Señoras y señores:

Permitidme dos palabras para asociarme al acto que se realiza en estos momentos.

La Universidad de La Plata, plantel joven y ya acabado de enseñanza, recibe en calidad de miembro de ella al profesor Altamira, de la vieja y clásica Universidad de Oviedo. Hermoso abrazo que se dan, sellando eterna amistad y perpetuo estímulo, un centro universitario que se inicia con muestras evidentes de gran vitalidad y que ha alcanzado ya un justo renombre en la república de los estudios, y un centro antiguo que viene sosteniendo con brillo y con éxito indiscutibles, desde tiempos remotos, la bandera excelsa de la intelectualidad española.

Y el lazo de unión es el reputado maestro que acaba de dar término á su misión, diríamos á su embajada de acercamiento y enseñanza, en una forma espléndida que dejará el más grato recuerdo en los estudiosos de este país.

El Sr. Altamira ha realizado su programa didáctico y científico en medio del respeto y del aplauso de todos los intelectuales argentinos que honran el pensamiento y el nombre de la América.

Del viaje del sabio profesor, del hombre mo-

desto y del amable amigo, quedarán provechosas enseñanzas que germinarán con fruto generoso en esta hospitalaria tierra, ávida de saber y deseosa de alcanzar en lo intelectual el desarrollo admirable que ha obtenido en la vida material.

Pero su mejor resultado habrá sido el dejar abierta una corriente de comunicaciones entre las intelectualidades de España y de la Argentina, que se acrecentará cada día más para bien del progreso científico de la raza española. Altamira proseguirá desde Oviedo la obra de fraternidad espiritual que ha iniciado con su viaje.

No hay vínculos más estrechos que los del espíritu; no hay influencia más definitiva que la procurada por el consorcio de los hombres y los pueblos en la comunidad de ideas y de afectos. La acción universitaria es de grande importancia, en consecuencia, para el acercamiento político de los pueblos. En este sentido, el representante de Oviedo acaba de realizar una obra de alta diplomacia, la más eficiente, la más íntima, la que mejor arraiga en el sentimiento de las colectividades.

El maestro se dirigirá luego á Chile en prosecución de su obra hispano-americana. Su presencia es anhelosamente esperada por los intelectuales de mi patria, que aprecian el saber del que será pronto nuestro huésped, y cuyas lecciones serán de gran provecho para el progreso de nuestras instituciones universitarias.

Al saludar al profesor Altamira y á la Univer-

sidad que le ha confiado la interesante misión que viene realizando, presento mis felicitaciones á la Universidad de La Plata por el honor de contar con un miembro tan conspicuo como el maestro á quien se ha dedicado esta simpática fiesta.

5

Discurso del señor Ministro del Perú, Doctor D. Enrique de la Riva Agüero.

El señor ministro del Perú, Dr. D. Enrique de la Riva Agüero, pronunció luego un breve discurso saludando al profesor D. Rafael Altamira en nombre de la Universidad de San Carlos de Lima, la más antigua Universidad de la América del Sud.

6

Discurso del estudiante D. Silvio Ruggieri.

El alumno de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, D. Silvio Ruggieri, hizo en seguida uso de la palabra en estos términos:

Señor Altamira:

Señoras:

Señores:

Los alumnos de la Facultad Nacional de La Plata han querido asociarse al justiciero homenaje que ella os tributa en este día, señor Altamira, á esta nobilísima justa en la que, por un

cúmulo feliz de circunstancias, rivalizan, con peculiares prestigios, selectos duces de la mentalidad argentina, una ardorosa juventud en alas siempre de sublimes ideales, y la mujer, la eterna colaboradora de las empresas grandes, estremecida hoy, como nosotros, por una eclosión singular de amistosa simpatía hacia el sabio que nos llama con su virtud y con su ciencia. Nada falta, ni la madre inmortal de todas las cosas, la naturaleza toda luz, toda encanto, toda armonía, irrumpiendo en un alarido triunfal de fecundación y de vida.

Sin méritos que la abonaran, la representación que traigo me ha enaltecido en extremo. Pobres serán mis palabras, mas no lo siento por vos, señor, porque, cienciado, os acompaña la tolerancia; recogeréis el fruto que os brinda el árbol sin vituperar su acritud. No olvidaréis que en él ha resumido todo el caudal, aunque precario, de sus energías. Lo siento por los compañeros, por ellos, que tanto os estiman, y que si pudieran vendrían en este instante á revolotear en torno vuestro para contaros en amistoso secreto cuán intensa es su admiración y su simpatía.

Es común, señores, en los artífices del verso, presentar las ligeras mariposas en busca de perfumadas flores. Los madrigales están poblados de estos insectos fugitivos en constante empresa de aventuras, jamás solicitados. Sus novias son siempre tímidas. Les huyen. A ellos la laboriosa tarea del cazador. El vibrar de sus élitros, real-

zado por la armonía del verso, deja la sensación de un algo inmaterial, de una voluntad interior dirigiendo los diminutos seres policromos. Sin embargo, nada más engañoso. Es que el poeta en su inspirada vibración mental sólo percibe el fenómeno objetivo; el movimiento y la finalidad; rara vez la causa. ¿No es por ventura el mágico tesoro de la flor, su delicioso néctar, la causa incoercible de aquello que suponemos movimiento inicial y espontáneo de la mariposa?

El recuerdo de ese hecho tan sencillo, que convida á ensueños de amor y á ensueños de ciencia, á un tiempo trivial y profundo, agitaba la mente después de lo que tanto se ha hablado sobre la visita del ilustre catedrático de la Universidad de Oviedo, Dr. Rafael Altamira.

Sin minorar un átomo la iniciativa fecunda y altos prestigios del Claustro ovetense, antes bien, acentuándolos, puede afirmarse que el ambiente intelectual argentino ha conquistado un nuevo lauro al promover él el armónico consorcio con el de otros pueblos de América, y por razón de su virginidad y fuerza atractiva, profícua inmigración de intelectualidades brillantes de allende el océano, entre los cuales se destaca, aureolado con el cariño de todos, el Dr. Altamira, desde hace tres meses—y hoy consagrado por el ritual—profesor eminente de esta casa.

Pero si grande ha sido nuestro triunfo, no lo es menos el de la Universidad que prestigió la venida del sabio predilecto, lanzado en busca de

áureo vellocino, vellocino jamás soñado por los conquistadores de antaño: un ambiente propicio para derramar el aroma de su saber superior, el sahumero de esa su virtud peculiar que levanta los corazones y lubrica las conciencias, y despertando, con el estímulo de un ejemplo, nuevos horizontes á la mentalidad argentina.

Muchas son las Universidades europeas; pero sólo ella, la de Oviedo, como palmaria demostración de sus energías caudales, inició la extensión de su enseñanza con el éxito que hoy se celebra, contribuyendo de paso á unificar el desenvolvimiento de los cerebros, ya que no fuera posible por ahora enfocar en una sola y determinada orientación el sentimiento humano, ideal que por ser demasiado abstracto es poco eficaz para la normal evolución de las comunidades.

Pero la iniciativa de la Universidad española, ¿fué acaso la consecuencia de una debilidad propia, ó bien de la excesiva exhuberancia de este pueblo virgen, siempre dúctil á las nuevas adaptaciones del pensamiento? Antes bien, busquemos en la riqueza psíquica de sus maestros la razón de la iniciativa. Si poderoso fué nuestro estímulo, loados sean ellos que columbraron la inconfundible afinidad que nos liga y que nos permite desenvolver de consuno esfuerzos y aspiraciones; que si diferencias existieran en el vigor intelectual de ambos pueblos, no olvidemos el símil de las circunferencias concéntricas: distintos radios, pero un foco común de polarización.

Alabar el éxito de las conferencias del Sr. Altamira será para muchos cosa vana. No así para mí. Tener éxito en una universidad oficial, no es cosa frecuente en nuestros tiempos. Sin reglamentos y sin programas, sin el torniquete de la asistencia obligatoria, una concurrencia de profesores y alumnos, siempre numerosa, ha acompañado al catedrático español con creciente entusiasmo en sus eruditas conferencias. Y sin que esto importe una irreverencia para las altas autoridades de la casa, el éxito debe buscarse en el prestigio del hombre más que en la bondad del régimen.

El Dr. Altamira, con un método que sólo es tal para él, ha instruído y ha educado. Y de esto, pocos institutos oficiales pueden vanagloriarse. El fenómeno es explicable. Esos centros de enseñanza despiertan el cerebro, lo levantan, lo fecundan, no pocas veces lo atrofian; pero no cuidan como fuera menester el carácter, no esmeran la personalidad moral del alumno.

La diferencia de éxitos en la enseñanza, como lo decía el Sr. Altamira en su primera conferencia, está más en el elemento estudiantil que en el profesorado. Pero es que nosotros solemos equivocarnos el rumbo desde las escuelas primarias. No es misterio que en ellas se forjen ciudadanos de oropel y, como consecuencia, poco útiles para la sociedad. Con intención insospechable, pero errando patriotismo, hemos introducido métodos exóticos que no consultaban, las más de las veces, las

necesidades de nuestro medio específico. Y no pase esto como simple paralogismo. Buscadme un niño, egresado de una escuela elemental, con la aspiración—forjada allí, no fuera de ella—con la sana y vigorosa aspiración de buscar en los campos, entre el oro de los trigales, en la ruda faena agrícola ó en las múltiples aplicaciones de la industria, la fuente de su riqueza y bienestar futuros, y con el convencimiento pleno de servir en tal forma al progreso efectivo de la patria. Difícil será encontrarlo; pero, en cambio, un pulular infinito de ingenuas cabecitas columbrará en lo alto, como suprema aspiración de su existencia, el soñado título profesional, vocablo que tanto halaga las fibras de los oídos; pero que, amargo es confesarlo, no siempre es símbolo de ciencia, amor y progreso.

Las consecuencias de esto no se hacen esperar. Equivocados los rumbos, mal aplicadas las aptitudes, su paso por los institutos de enseñanza secundaria resulta, con frecuencia, un verdadero martirio; y martirio no sólo para ellos, si que también para el nobilísimo profesorado, el eterno blanco de las iras generales, á quien no bastan la fe del apóstol ni la serenidad del sabio para dar á sus educandos esa solidez básica tan necesaria para obtener profesionales de mérito.

Mas no creáis que proscriba del catálogo de mis predilecciones el progreso intelectual de la juventud argentina. Todo lo contrario. Al sindicar el fenómeno, sólo anhelaba mostrar la ausen-

cia de selección y convivencia en la mayor parte de nuestros institutos de enseñanza oficial; ausencia que es contrapeso inerte en la superiorización progresiva de los intelectos. Sólo la libertad, pero la libertad bien entendida, es manantial prolífico que nada coarta ni detiene; sólo de ella brotan los gérmenes de las empresas vividas y de paradisiacos frutos.

Búsquese en tal desequilibrio, entonces, la causa de los antagonismos prematuros que suelen dividir la población de la colmena universitaria, de esas hurañas actitudes para las cuales un prestigioso enseñante argentino, el señor Presidente de esta Universidad, vibrando al mágico conjuro del patriotismo en un discurso que es todo un documento moral, ha tenido palabras de paz, palabras de amor, pregonando en el seno inquieto de la juventud esa confraternidad que es base segura de aquella otra más amplia, generosa y grande, que fulgura en la cima de los ensueños comunes.

Había dicho que alabar el éxito de las conferencias del señor Altamira sería para muchos cosa vana. Para demostrar lo contrario he sido, quizá, demasiado difuso. Pero no debo olvidar, aquí, que él ha resuelto el problema de la enseñanza integral. Su método subjetivo, preconizado con el ejemplo, ha permitido á sus alumnos descubrir nuevos horizontes en la aplicación de sus energías, aplicación que ha de llegar con el entusiasmo que provoca toda labor que responda

á las sugerencias del medio y no á la presión de forzadas finalidades.

Si su obra de catedrático ha sido encomiable, no lo es menos su obra de educador. La sinceridad de sus opiniones la hemos visto brillar inalterable en todo momento. Llegó á decirnos, en cariñoso consejo: no seáis vanidosos (1). Yo os aseguro, señor, que podréis haber ahorrado la frase. Para muchos, descubrir el mal que les trabaja, es motivo de refocilamiento más que de regeneración. Para otros, el consejo gravita sobre las conciencias sin provocar fecundas perturbaciones. Los menos se sienten alentados hacia ese mejoramiento que al ser individual eleva la modalidad colectiva. En cambio los más, á condición de ser físicamente normales, se conmueven al venturoso llamado del ejemplo. El modelo de lo grande se asemeja á la varita mágica; basta su contacto para redimir temperamentos retardados en su superior evolución, como si las partículas más nobles del organismo vegetaran adormidas esperando el beso de la luz, que todo lo vivifica y enaltece con sus infinitas irisaciones. Bastaba, pues, el ejemplo de vuestra personalidad tan fértil en ideas grandes como en sentimientos nobles, y que ha educado más caracteres que todos los catecismos de moral de los que predicán, pero que no hacen. Por la sola virtud de vuestra ac-

(1) Aludo á un pasaje de la conferencia dada en el George's Hall, de que se habló anteriormente.

ción habéis sido sabio y apóstol. ¡Loada sea vuestra obra!

Los alumnos del Dr. Altamira, señores, si bajo la sugestión de su palabra han enriquecido su vigor mental, no lo ha sido por un proceso de asimilación. El desenvolvimiento se ha operado después de una afanosa labor constructiva. Y he amado esa su forma de enseñanza porque, al amarla, reverdecía en mí el recuerdo de otro maestro, á quien debo la mayor parte de mi orientación intelectual, y que en su cátedra en el colegio de esta Universidad supo despertar más de una vez los generosos entusiasmos de la juventud con las cálidas vibraciones de su cerebro fuerte y de su corazón magnánimo.

El ilustre catedrático de la Universidad de Oviedo, luchando con los inconvenientes del tiempo y la atención que le demandaba su enseñanza en institutos similares y las conferencias libres—porque es justicia recordar, señores, que si él honró los Claustros universitarios no dejó en olvido á los humildes, á los glorificadores de la labor del músculo, á quienes tonificó eficientemente con su palabra fácil y serena,—el ilustre catedrático, decía, luchando con todo, llegó al fin de la jornada con la íntima satisfacción del triunfo, y triunfo para el que, justo es decirlo, es poco nuestro aplauso y el título que hoy le otorga la Universidad Nacional de La Plata.

Señor Altamira:

Cuando el seno de vuestra patria angusta os

haya recobrado y vuelva á sentir el influjo de vuestro verbo en constante siembra de ideales, y adunados el jubiloso hosanna de amigos y discípulos á las irisaciones triunfales de la tierra nativa saturen vuestra psiquis de emociones altas, aún no os habrá acariciado el último eco de la gratitud argentina—eco exterior, porque el recuerdo de vuestra personalidad intelectual y moral vivirá encendido en la mente y el corazón de todos nosotros—é irá, sahumado con el perfume de las aspiraciones superiores—como guirnalda de acacias simbólicas—la cariñosa ofrenda que la alentada juventud de este florón de América depondrá ante vos, señor Altamira, trasuntando, de paso, su saludo alborozado á la España de hoy, á esa España acrecentada en su desenvolvimiento al beso fecundo de una democracia nueva, y donde ya se siente vibrar la eclosión germinal de cosechas futuras, auspicioso prelude de las colosales conquistas que le esperan en los estadios de la ciencia, de la política y del arte.

7

Discurso del Dr. José M. Sempere.

En nombre de los ex discípulos del profesor D. Rafael Altamira y Crevea en la Universidad de Oviedo, el Dr. José M. Sempere pronunció un conceptuoso discurso, en el cual señaló la importancia que actos como el presente tenían para

mayor estrechamiento de los vínculos fraternales de España y la República Argentina.

Al recibir su diploma de doctor *honoris causa* en Ciencias Jurídicas y Sociales, pronunció el siguiente discurso el profesor Sr. Altamira:

8

Discurso del señor profesor Dr. D. Rafael Altamira y Crevea.

Señor Presidente:

Señor Decano:

Señores profesores:

Estudiantes de la Universidad de La Plata:

Señoras y señores:

Se ha abusado tanto en nuestra época de los honores personales y de los adjetivos encomiásticos, que el público empieza ya á mostrarse indiferente ó incrédulo por lo que á esas manifestaciones se refiere, y aun los mismos interesados (cuando no padecen de una mortal vanidad pronta á nutrirse hasta de los más impalpables fantasmas de la lisonja) comienzan á perder la facultad de sentirse halagados por lo que, en fuerza de prodigarse, tiene debilitadas y borrosas las líneas y colores de su significación. Para no caer en el extremo á que por ese camino se llegaría, preciso es atender á otra cosa que á lo puramente exterior de los honores y elogios: á la persona de quien emanan, al sentimiento de que proceden

y al fondo de sinceridad y afecto que en ellos reside. Esto último, sobre todo, es lo que vale y lo que puede sacarlos de la masa vulgar de los homenajes insinceros, de los cuales murmuran por lo bajo los mismos que los proporcionan. Por eso hay honores y honores, como hay, según la célebre expresión francesa, «fagots et fagots».

El que acabáis de otorgarme es de los que valen y de los que se agradecen; porque yo sé que si me otorgáis el honor de ser doctor de vuestro Claustro, es porque creéis francamente que lo merezco; y aunque sepa también que hay en esta creencia un error de sobrestimación que procede de un fantasma del sentimiento, eso no me amarga nada la alegría, ya que lo importante para mí es que exista el sentimiento, el cual forzosamente se equivocará tanto más cuanto más grande é ingenuo sea. Me basta que os figuréis que yo soy digno de sentarme á vuestro lado; porque eso me da la medida de vuestro afecto, y vuestro afecto es lo que más puede interesarme lograr de vosotros. El amor es algo egoísta siempre; y de igual modo que en la esfera intersexual cierra los ojos sin gran esfuerzo para no ver exageraciones de la realidad en que tal vez se funda el cariño que se nos otorga (feliz, el que lo recibe, no más que con ser amado), en la esfera de las relaciones generales sociales el espíritu cede fácilmente á la sugestión de dejar que corran las ilusiones, cuando ve que ellas nacen de un afecto que apetece despertar.

Hartas veces notamos que el amor de los padres forja en la persona de los hijos cualidades que éstos no tienen y borra defectos de que realmente sufren; pero ¿quién es el censor rígido que no sepa apreciar la fuente purísima de que aquellos errores brotan, y que halle placer en turbar la onda límpida con su rectificación? Ni ¿cuál el hijo que arriesgue, no digo la pérdida, la disminución más tenue del santo amor que para él es la vida, con el empeño de convencer á los padres de las equivocaciones con que lo enaltecen? No. Sería preciso ser un héroe extrahumano, para renunciar al afecto que la suerte nos depara, ó destruirlo por meticulosidad de justicia. La mayoría de los hombres lo aceptan, y es él cosa tan grande, que hasta tiene el poder de reformar y de hacernos menos imperfectos, pues evoca en nosotros el afán de ser iguales, hasta el último por menor, á la imagen que de nosotros se ha formado quien nos quiere. Y así es como el amor, aun por sus mismos errores, regenera y va mejorando el alma humana.

No discutamos, pues, en el acto de hoy, su justicia, que, después de todo, yo sería el menos llamado á discutir, y dejadme gozar de su significación afectuosa. Ella ha nacido fundamentalmente, creo yo, del reconocimiento de un fondo común de ideal entre la Universidad de La Plata y la ovetense. Cuando yo leía en España los escritos del Dr. González, que exponen vuestro concepto de la Universidad y de su amplia función educa-

tiva, me parecía estar repasando los ensueños pedagógicos que durante muchos años han alimentado las esperanzas y han guiado en la lucha á los que en mi país ansían que la enseñanza española sea digna de esta época y de las altas necesidades antropológicas, intelectuales y morales de la patria. Y así, cuando se esbozó el plan de mi viaje, yo pude pensar, por lo que se refiere á la Argentina, por de pronto: «Voy á vivir entre hermanos de ideal, cuya casa no me será extraña, porque en ella oiré repetirse los ecos amables de las mismas voces que aquí suenan como clarines de nuestra batalla educativa.» Y así ha sido, por lo que á mí toca; aumentado ese confortador prejuicio con la observación de que ese mismo espíritu nuevo retoña en todo vuestro país y sacude, no sólo la planta joven de la Universidad platense, sino también el tronco añoso de sus hermanas mayores que, reconociéndose como colaboradoras en una santa labor común, patriótica y humana al propio tiempo, han unido sus manos, se han abierto recíprocamente sus puertas, hacen acto de afectuosa solidaridad y hasta, para mayor y más honda relación, tienen profesores comunes: ejemplo único, que yo sepa, en el mundo universitario.

No bastaba que yo advirtiese esa comunidad de aspiraciones y de sentido de la enseñanza, que existe entre las instituciones progresivas de mi país y la vuestra; era preciso, para el éxito de la obra que me encomendó Oviedo, para la realiza-

ción del proyecto generoso de su Rector D. Fermín Canella, que también vosotros, tras el ropaje modesto del modesto enviado, percibieseis la característica de la España de que procede y de que el rodar de la vida le ha hecho, circunstancialmente, representante. Ahora bien; eso lo creo conseguido. Creo que, después de haberme escuchado lo que en ocasiones varias he dicho de nuestros anhelos, de nuestros pensamientos, de nuestras prácticas, de la obra fructífera de algunos de nuestros intelectuales, vosotros habéis llegado á esta conclusión: «En España hay hombres que hablan nuestro mismo idioma ideal, con los que podemos entendernos, que son de los nuestros.» Pues bien; esto nos basta, esto satisface la aspiración que perseguíamos. Porque no nos ocultemos, señores (nuestra intimidad permite toda franqueza, sin molestia de nadie), que aquí como en todas partes existía el recelo de que, fuera de las cualidades personales de Fulano ó Zutano, la mentalidad española vivía cien años atrás, hablando un lenguaje arcaico; sin que bastase á desvanecer esa general creencia el conocimiento de dos ó tres autores, porque la mayoría de los que florecen en la España actual no se han difundido en tierra americana, probablemente más por negligencia nuestra y de nuestros libreros, que por otra causa.

Ese reconocimiento, que considero como la primer consecuencia práctica de la iniciativa de la Universidad ovetense, era necesario para llegar

á la segunda, es decir, á la aceptación y establecimiento del cambio de profesores, por de pronto; de alumnos, más tarde. No bastaba el amable acogimiento que aquí en La Plata, en Buenos Aires, en Córdoba (á la que rendiré visita muy pronto y con cuyo ilustre Rector está Oviedo en franca inteligencia) y en Santa Fe se había hecho al delegado español, incorporándolo temporalmente á los Claustros respectivos y comenzando, pues, á realizar desde luego el intercambio en su persona; era preciso que de ese caso particular se pasase á la generalización que permitía la venida, en años sucesivos, de otros profesores españoles y la correspondencia de los argentinos; y esa generalización no podía reposar sino sobre el desvanecimiento de aquel prejuicio á que aludí y de que igualmente he hablado antes de ahora y he visto desvanecerse en otros países.

Felizmente, repito, esa consecuencia se ha producido. No tengo la vanidad de creer que por mi solo esfuerzo. Ella ha sido, principalmente, el fruto de gérmenes que estaban ya en el ambiente intelectual de vuestros hombres de estudio y que yo he notado desde el primer día.

Por una parte, existía en vosotros, como una aplicación en lo universitario de la amplitud humana de vuestra constitución política, no sólo la costumbre general, ya vieja, de incorporar trabajadores extranjeros á la labor docente, sin recelo ni suspicacia, sino el propósito concreto de establecer de un modo sistemático, estadias tem-